

Carta para Daniel Ceraso

JORGE NEIRA

Miembro de la Academia Nacional de Medicina, Ex Presidente SATI (2001),
Premio Maestro de la Medicina (2010)

*¡Oh! ¡Cuán insuficiente es mi lenguaje y cuán débil para expresar
mi concepto!*

Dante, *Paraíso XXXIII*.

Conocí a Daniel el 2 de mayo de 1975, día que comenzó nuestra residencia de Clínica Médica en el Hospital Fernández. Ambos éramos exalumnos del Nacional Buenos Aires y con nuestra personalidad obsesiva y competitiva emprendimos una carrera que nos apasionaba. Tuvimos excelentes compañeros y creció entre nosotros una afinidad y una amistad que se preservó durante casi 40 años.

Por esos avatares de la política argentina, una vez finalizada la rotación por “terapia intensiva”, Daniel, el Bocha Capello y yo recalamos en la UTI del Hospital como médicos de guardia. Al finalizar la residencia, el Bocha se volvió a su Pilar natal, y Daniel y yo quedamos como médicos internos y como Instructores de Residentes de Clínica Médica donde compartimos todo tipo de vivencias, de las buenas (muchas más) y de las malas (unas pocas), como la vida misma. “Nuestros” residentes de primer año fueron un privilegio que añadió a nuestro entusiasmo laboral la cuota necesaria de responsabilidad profesional.

La actividad en la UTI fue una experiencia para destacar en nuestra formación y así, cada uno de nosotros fue creciendo en la especialidad y en la profesión. En el año 1987 yo partí del Hospital a otros destinos, pero Daniel continuó desempeñando sus funciones en la UTI hasta llegar al merecidísimo cargo de Jefe de Unidad primero y de División después. Daniel tenía tal vínculo con la UTI que hasta tenía en su escritorio el cartel de la vieja UTI del hospital antes de ser hecha a nuevo en 1980.

Mientras tanto, en esos años compartimos amigos, familia, consultorio, actividades docentes, nuestra predilección por la atención del paciente traumatizado y hasta el alquiler del departamento en el que vivimos durante unos meses. Juntos entramos a la SATI, fuimos presidentes y hasta nos dimos el lujo de compartir con otros expresidentes (que además eran y son amigos) el 9° Congreso Mundial de Medicina Crítica y Terapia Intensiva que se realizó, por primera vez, en Sudamérica, en Buenos Aires en el año 2005. La representatividad nacional e internacional de Daniel lo llevó a ocupar la Presidencia de la FEPIMCTI.

También la SAMCT tuvo el honor de contarle entre sus presidentes.

No recuerdo haber desarrollado actividades institucionales o docentes sin que Daniel las compartiera conmigo. Su opinión era imprescindible para mí, aunque no siempre estuviéramos de acuerdo. Discutimos con vehemencia muchas veces, pero siempre salimos airoso, porque la honestidad, el afecto, la lealtad, la confianza no estaban en tela de juicio. No recuerdo haberme peleado con Daniel una sola vez. Voy a sentir muchísimo su ausencia cada vez que tenga que organizar una nueva actividad; me va a faltar el ¿qué te parece Gordo?

Daniel compartió durante 35 años con Nuny un matrimonio muy feliz que se completó con el nacimiento del muy esperado Juan, hoy todo un ingeniero, quien sabrá llevar con dignidad y categoría el apellido Ceraso (¡así de orgulloso estaba su padre!).

El 9 de febrero de este año, Daniel se nos murió “como del rayo”. Y así como Miguel Hernández describe el tremendo dolor de su amigo, “tanto dolor se agrupa en mi costado que por doler me duele hasta el aliento”, así nos impactó a nosotros su desaparición física. Y ante esta muestra implacable de la finitud, nos urge la necesidad de encontrarle un sentido a dicha pérdida.

Borges dice refiriéndose a la inmortalidad: “más allá de nuestra muerte corporal queda nuestra memoria, y más allá de nuestra memoria quedan nuestros actos, nuestros hechos, nuestras actitudes...”. Quien podría dudar de todo lo que Daniel nos aportó. Era un hombre cabal, un profesional impecable, un maestro de muchos (entre los que me incluyo), un ejemplo para sus colaboradores y profesionales en formación. Dice Borges también que “cada vez que repetimos un verso de Dante o de Shakespeare somos de algún modo aquel instante en que Shakespeare o Dante crearon ese verso”. ¿Cuántas veces me escucho y, seguramente también sus amigos y su familia, diciendo frases que Daniel dijo en alguna ocasión o algunas palabras que lo identificaban y que mostraban más su afecto por el otro que otra cosa?

Ante mi propia incapacidad de expresar cabalmente mis sentimientos, permítanme compartir, finalmente, unas palabras que Jorge Luis Borges le dedicó a su amigo ginebrino Maurice Abramowicz: “Una valerosa y venturosa música griega nos acaba de revelar que la muerte es más inverosímil que la vida y que, por consiguiente, el alma perdura cuando el cuerpo es caos... Estabas ahí, silencioso y sin duda sonriente, al percibir que nos asombra-

ba y maravillaba ese hecho tan notorio de que nadie puede morir... Esta noche puedo llorar como un hombre, puedo sentir que por mis mejillas las lágrimas resbalan, porque sé que en la tierra no hay una sola cosa que sea mortal y que no proyecte su sombra. Esta noche me has dicho sin palabras que debemos entrar en la muerte como quien entra en una fiesta.”

Hasta siempre, Gordo.
